

## Ateísmo cristiano. Cómo ser un verdadero materialista

Slavoj Žizek

Akal

Madrid: 2025

370 pp.

ISBN 978-84-460-5767-3



“Europa presenta un caso único de autodestrucción voluntaria [...] vivimos una era de alianzas impías” es el diagnóstico sobre la situación europea de Slavoj Žizek, en su último libro *Ateísmo cristiano* (p. 19 y 307). Žizek es un nombre prestigioso, muy citado desde hace decenios por su sugerente versión del psicoanálisis de Lacan, también reconocido por sus polémicas públicas como la que mantuvo sobre el populismo con Laclau. Su noción de “interpasividad” pudo ser útil para una crítica de la cultura de masas en aquellos tiempos previos a las redes. Promotor de un izquierdismo deudor de la dialéctica hegeliana, viene desmarcándose de la deriva poscomunista que mina desde dentro la autoestima occidental. La expresión “ateísmo cristiano”, es un oxímoron para describir actitudes ateas que admiten como patrones universales los principios de libertad e igualdad aportados por el occidente cristiano. De ahí su severa crítica de las incongruentes alianzas del izquierdismo populista con las dictaduras comunistas y sobre todo con los regímenes autocráticos islamistas que acogen la yihad como enseña para la lucha contra el cristianismo occidental. Žizek reprueba “la directa obscenidad del nuevo populismo y del fundamentalismo religioso en la peor expresión de la cultura de la cancelación” (p. 297).

Igual que Augusto Comte, que fue patrocinador de una religión pagana que llamó “positiva”, se muestra convencido de que sin orden legal no hay porvenir para una sociedad estable.

Fracasado el materialismo marxista, Žizek sustituye por el psicoanálisis el positivismo de Comte a quien no cita, para ofertar una síntesis de cristianismo ateo y dialéctica psicoanalítica en la fórmula: “el Espíritu Santo es una categoría atea, es la noción de una comunidad emancipadora privada del sostén del gran Otro” (p. 65), donde “gran Otro”, significa “Dios”. La representación del mundo se agota en “la tríada compuesta por ondas cuánticas, realidad ordinaria y orden simbólico” (p. 69). En términos fenomenológicos podría esquematizarse así: ondas cuánticas es ciencia positiva, realidad ordinaria es creencia primaria, orden simbólico es intencionalidad creativa, solo que Žizek sustituye la fenomenología de Husserl, que arranca del sentido común aristotélico o fe animal primaria, por el nebuloso psicoanálisis de Lacan que, como Freud, hace de la fe trascendente mera ilusión.

Su propuesta va en dirección contraria a los fideísmos inmanentes a la propia vida, que la fe en el más allá presupone. La “fe animal” de Santayana es atea, pero, su reducción a lo animal es condición previa donde pueda aposentarse una fe trascendente. Žizek presume lo contrario. No hace del ateísmo un presupuesto donde pueda aposentarse la fe trascendente, sino una hipótesis incompatible y excluyente de lo sagrado. Como ocurre con la religión positivista que necesita lo sagrado para soportar el orden social, Žizek inventa una religión atea. Su

psicoanálisis dialéctico en lugar de poder abrirse a la fe, cierra el círculo excluyendo lo sagrado para psicoanalizarlo.

En el agnosticismo fenomenológico de Husserl y Ortega, lo humano se distingue de la mera animalidad, porque los principios racionales de la creencia son compatibles con la fe trascendente, pues suscriben los mismos supuestos de libertad, dignidad e igualdad como valores universales. Ser soporte de creencias no es un procedimiento de inclusión de lo sagrado en el devenir de la razón, como para Hegel, en quien se inspira Zizek. Lo creencia primaria es un análogo de lo que Aristóteles llama “sentido común” (Santayana “fe animal”, el lazo que vincula la razón a la experiencia). Así se puede entender que haya una fe científica que organiza unitariamente “los actos psicor- gánicos en el cual mi vida se me hace real y verdaderamente propia”. Entonces, la creencia en la vida es condición previa, no una inclusión discursiva, donde aposentar el don de una fe trascendente al mundo en que se vive la creencia básica del vivir. El ansia de un Dios Padre, Dios Hijo y Espíritu Santo, que Zizek siempre escribe con mayúsculas, se explica, al contrario, psicoanalíticamente como secuencias de una interpretación dialéctica en la que la muerte del Hijo es la antítesis de la muerte del Padre, y el Espíritu Santo, la síntesis que posibilita desarraigar de la tradición bíblica la imposible emancipación de la humanidad de sus condicionamientos sociales.

El método psicoanalítico transfigura las contradicciones su- perándolas con términos que presuponen las interpretacio- nes que genera el propio método. Eso ocurría con Hegel y con Marx, cuya confianza en la historia se basa en rectificar lo antedicho hasta conseguir que la sucesión de rectificaciones llegue a decir alguna vez lo que nunca llegan a decir, que sus suposiciones sobre el devenir histórico se realizan. Con Zizek el procedimiento no propone un sistema de autocorrección para alcanzar un fin anunciado previamente. No hay un fin se- guro, lo estable es que el método no puede permitirse renun- ciar a la finalidad de una emancipación colectiva mesiánica

que se fragua en la comunidad gracias a la invención del Es- píritu Santo. Sería una broma, no sé si de buen o mal gusto, si no estuviera escrito en serio y si no hubiera aproximaciones a una idea de la moralidad natural compatible con la crítica de la fe animal donde se asienta la fe cristiana, para despegarse de las contradicciones en que han incurrido las nuevas ideo- logías *woke*, ecologista, feminista, animalista, las volubles ape- tencias de los sentimientos LGTB+ que son desgajados por el deseo sentimental de las manifestaciones físicas y animales de la sexualidad.

Zizek censura con acritud las contradicciones geoestratégicas inherentes al progresismo izquierdista por haberse pasado al bando de los extremismos teocráticos que contradicen el pro- grama feminista, ecologista y *woke*. El progresismo se ha aliado a la barbarie esclavizadora islámica, rusófila, yihadista, china y demás. Si el hedonismo puede interpretarse como un goce material de la liberación sexual, entonces la exaltación femi- nista de la sexualidad, la igualdad de sexos, y la promiscuidad *LGTP+trans* en Occidente, que es justamente lo reprimido con más vigor por sus cómplices geoestratégicos, muestra que el único criterio explicativo de esta estrambótica alianza entre ideales que se oponen, estriba en que no les define lo que com- parten, sino lo que rechazan: el cristianismo y la democracia occidental es el enemigo común del progresismo, las dictadu- ras comunistas y las tiranías teocráticas. En su altar se sacrifi- can los valores de independencia judicial, igualdad y libertad democráticas. La dialéctica de los contrarios no lleva, en con- secuencia, al *aufheben* sintético de una superación futura, sino a la degradación de un masoquismo producido por el fracaso de la creencia atea cuyo antecedente fue la profecía de la lucha de clases y de la revolución cultural que sembró los escenarios siberiano, ucraniano y chino de millones de cadáveres.

Se puede hablar así de un “ateísmo cristiano”, no porque sea compatible con el cristianismo, cosa que a Zizek es lo que menos importa, sino porque el programa emancipador de la

izquierda trata de desprenderse de las contradicciones en que incurre al vestirse con los ropajes de sus más acervos contradictores no tiene otra salida, si no quiere renunciar a sí mismo, que aceptar vestiduras cristianas, las únicas compatibles con el ansia de emancipación humana que pudo dar sentido al materialismo izquierdista. Renunciar a algo tan obvio equivaldría a dejar de ser lo que un sujeto izquierdista no quiere dejar de ser, un sujeto emancipador. Bastaría un esfuerzo para comprender que el *populismo* que Zizek rechaza es que el sujeto psicoanalizado sea un sujeto ausente. Tal es la savia que nutre al populismo que censura: un método para sustituir al ciudadano de la democracia formal por el sujeto inasible y gaseoso de la democracia popular: el populismo es el sujeto evasivo del segundo, tercero, cuarto o quinto sexo, el sujeto sin identidad del LGTB+, el que construye el psicoanálisis lacaniano para situarse como sujeto psicoanalista ante un sujeto psicoanalizado privado de identidad porque así lo requiere el psicoanálisis. Un Zizek psicoanalista es inconsistente porque se resiste a dejar de ser un sujeto emancipador. Y si el sujeto no está presente en el psicoanálisis el psicoanalista goza de un rango que no reconoce en el psicoanalizado. Convertidos en sujetos indefensos, se impide a Dios Padre, Dios Hijo y Espíritu Santo que puedan defender lo que son o lo que no son, quedan en manos de un psicoanálisis que disipa a todos los sujetos psicoanalizados en la noche donde todos los gatos son pardos ante el sujeto que los psicoanaliza.

La conclusión de este desvarío de teología pagana, similar a la religión positivista inventada por Comte, lleva a que “la tendencia a la autodestrucción es obviamente el reverso del hecho de que Europa *ya no es capaz de\** permanecer fiel a su mayor logro, el proyecto izquierdista de emancipación global: *es como si ya no quedara más que\** la autocrítica, sin un proyecto positivo que la fundamente” (p. 20). La idea de “emancipación” a la que acude Zizek, es una sustitución atea del cristianismo. Los principios de libertad e igualdad quedan reducidos

a un inmanentismo sin esperanza. No se puede alcanzar otra forma de emancipación de las condiciones de existencia contingentes que la subordinación a otros, pero como la subordinación es la fuente de dominación no puede ser sujeto de emancipación. Esto significa en la práctica, que la pretensión emancipadora de una fe exclusivamente material es, al menos, tan hipotética como su trascendencia.

El libro se subtitula *cómo ser un verdadero materialista* sin tener en cuenta que el término “materialista”, como se usa en la dialéctica de Althusser o en el psicoanálisis de Freud, carece de “materia”. Marx cree que las relaciones de producción son materiales, que la sujeción al dinero es material porque remedia necesidades materiales, pero ni las relaciones de producción ni el dinero son materiales, son invenciones de algo que no hay antes de ser inventado, no preexisten para que puedan descubrirse como ocurre con la materia, son invenciones discursivas. Las categorías del psicoanálisis son tan impalpables como las contingencias del *id* freudiano: no podemos asegurar que los sueños, por ser arbitrarios, son o no combinaciones materiales de una imaginación dormida, puede que lo sean tanto como que no. Las contorsiones psicoanalíticas de Lacan tienen el riesgo de que pueden servir para cualquier cosa, como decía Platón de los poetas prehoméricos. Aquello que explica todo lo que se necesita explicar puede que no explique nada pues no aporta más que contingencia interpretativa. *Ateísmo cristiano* es un oxímoron como el *pacifismo* que renuncia a la autodefensa. Zizek lo ve y lo aplica al *woke*, a la política de cancelación, a su apuesta por el orden, pero su “materialismo” es tan espiritualista como el que nutre a cualquier religión. La actitud de Comte, alarmado por los estragos y el desorden del vaporoso criticismo occidental, es la que ahora adopta Zizek para reprobar el criticismo feminista, ecologista, *woke*, animalista, cancelatorios del dato. Para no proponer solo crítica, hace como Comte, inventa su propia religión, lo que le impide ser “un verdadero materialista”, pues no hay materialistas

religiosos que no sean religiosamente dogmáticos. La materia solo da razón de sí misma como hipótesis de trabajo. Términos como “sujeto psicoanalítico sin sujeto” son abstracciones ideales de un método de idear. Por correcto que sea decir que la carne es material, que la moneda está hecha de materia, que la onda sonora es material, o que la onda cuántica pasa de onda a materia, lo que no se puede presumir es que las invenciones

conceptuales del método sean materiales pues no son palpables, sino invenciones inmatrimales para comprobar si lo descubierto es o no material.

Luis Núñez Ladevéze  
Universidad CEU San Pablo